
VII

EL BAILE

(Gran salón de fiestas del MANCHESTER-HOTEL en Marplatina. Gran iluminación. Gran orquesta. Gran concurrencia. Gran lujo. Algunos bailan, otros pasean, muchos miran desde las puertas, los más bostezan, los menos callan, casi todos murmuran. Es de noche.)

PERSONAJES

TODOS LOS NOMBRADOS Y MUCHOS ANÓNIMOS

ESCENA PRIMERA

D. GABINO. — D. FEDERICO. Luego, D. GUSTAVO
y D. NAVIGIO

D. GABINO *(arrastrando del brazo á Schlingen hacia un ángulo del salón)*. —
Venga usted para acá, amigo mío; salgamos de este hervidero, que nos amenaza liquidación forzosa. ¡Mu, mu! Lo que es las parejitas que bailan no reparan en obstáculos... ¡Mu, mu!

D. FEDERICO (*reposadamente*). — La juventud es vértigo; el baile es también vértigo: sume usted los dos coeficientes...

D. GABINO. — La locura... Aquí estamos muy bien: vemos todo con comodidad y no nos molestan.

D. FEDERICO. — Es natural que los viejos busquemos el abrigo de los rincones. No estamos para otra cosa.

D. GABINO. — ¡Hombre! ¿y eso lo dice usted, con mujer joven y bonita? Modestia es, y muy grande. ¡Mu!

D. FEDERICO. — El cargo de marido es carga pesada, de joven por el cargo y de viejo por la carga. En total, que cargados vivimos, señor Asnabal, y todo nos va cargando con el tiempo... Este espectáculo...

D. GABINO. — A mí me divierte, ¡mu! cualquiera diría que bailando están aquí valeses y rigodones las grandes fortunas de nuestro país; pues no, y usted lo sabe bien: pequeñas rentas, sueldos exigüos, pobreza solemnísimas, la insolvencia descarada, al lado de unos cuantos millones desperdigados, to-

dos, eso sí, haciendo de Rostchildes con un aplomo extraordinario, asombroso. Es nuestro *tic* nacional, amigo Schlingen. Mire usted á Soto..., mire á Casuso..., mire al que mis hijas llaman el *Pisahuevos*... Ejemplos vivos y que colean.

D. FEDERICO. — El delirio de las grandezas es vesania que hiere las imaginaciones fértiles y exuberantes. No sueña en grande un país pobre y sin recursos. ¡Dichosos los países que deliran, porque de ellos es el porvenir!

D. GABINO. — Prefiero un país que marche despacio, por sus cabales, apoyado en la economía y aconsejado por la prudencia. Estas erupciones de progreso me dan miedo. Y cuando toda la sangre se sube á la cabeza, como sucede en nuestra República, con Buenos Aires repleto y las provincias anémicas, pienso involuntariamente en la apoplejía. No guarda proporción, no guarda, y la proporción es regla de arte y de vida.

D. FEDERICO. — Cierto es, y á conseguir

que se guarde debemos contribuir todos.

D. GABINO (*vivamente*).—Pero, no contribuimos, ni en poco ni en mucho. Al contrario, ¡mu! si no forjamos más que proyectos grandiosos... Todo grande, todo en grande y todo á lo grande. Lo pequeño lo despreciamos, como si en el tamaño consistiera el mérito. Para nosotros todo es cuestión de tamaño. Concebimos los proyectos más desmesurados, y la vanidad nos adula con el comentario ridículo:— ¡Ni en París! ¡ni en Londres! ¡ni en Nueva York! Y de hecho, nos consideramos gigantes y hombreándonos ya con estas grandes capitales. El delirio nos aparta cada vez más de lo real. Estamos ebrios de vanidad.

D. FEDERICO. — El delirio es uno de los principales resortes del progreso. El que no sueña, no se atreve; el que no se atreve, no lo intenta; el que no lo intenta, no logra nada.

D. GABINO.— ¡Vaya! que no ha hecho usted su gran fortuna delirando, ni el amigo Brunn, que aquí se acerca, tampoco, ni yo...

sino pisando firme en la realidad, ¡mu! usted con sus combinaciones comerciales, don Gustavo con sus drogas y yo con la procreación de mis vacas...

D. FEDERICO (*machacón*).—Delirando, delirando todos, señor Asnabal. Soñando con ser grande, á grande se llega, si la suerte ayuda.

D. GABINO (*malhumorado*).—No me convence usted. ¿Pretenderá usted, pongo por caso, que Eliseito Miralta llegará á rico bailando cotillones en Marplatina? ¿ó Casuso, comiendo mal por vestir bien? ¿ó una Sota de éstas que dejan la escoba para ponerse el sombrero?

D. FEDERICO (*desconcertado*).—Distingamos; vamos por partes...

D. GUSTAVO (*acercándose*).—¿Qué es eso? ¿discusión tenemos?

D. NAVIGIO (*acercándose*).—¿Discusión política?

D. GABINO.—Discutimos, sí, señores, porque en algo hemos de entretenernos los viejos mientras la juventud se divierte; discuti-

mos, pero no de política, con la que no tenemos ni queremos tratos nosotros, la masa neutra, los obreros de la colmena.

D. NAVIGIO (*inclinándose*). — Muchas gracias por el favor. Deduzco de ahí que nosotros los políticos somos los zánganos.

D. GABINO. — ¡Hombre, no! ¡por dónde toma usted las cosas, doctor! decía ¡mu!...

D. GUSTAVO (*interrumpiendo*). — ¡Mis felicitaciones, señor Asnabal! hacen la pareja más gentil del mundo. Va de veras, ¿eh?

D. GABINO (*indiferente*). — Así parece. Allá ellos, ¡mu!... Son asuntos en los que no me mezclo. Mis hijos tienen carta blanca para decidir de su porvenir. Si se casan á mi gusto, no sólo recibirán el haber de la madre, sino el mío también; no quiero que nadie se impaciente porque tardo demasiado en irme al carnero: deseo vivir tranquilo y sin prisas... Si se casan á disgusto mío, recibirán lo que la ley les acuerda y un puntapié de mi parte. ¡Mu!

D. NAVIGIO. — Pues esta vez debe estar

usted contentísimo. ¡Uno de nuestros primeros apellidos!

D. GABINO (*desdeñoso*). — No estoy, no, descontento... Pero, francamente, habría querido que Ernestinita se casara con un hombre y no con un apellido; con un hijo de sus obras, y no con el nieto de las de su abuelo... ¡Mu! éste es otro de los síntomas de nuestra demencia, ¿ve usted, Schlingen? andamos ahora tras de los apellidos, como en Europa tras de los títulos, y no falta papá condenado á vestir, alojar y dar de comer al yerno hambriento porque luzca su hija una corona, más ó menos desdorada. ¡Necedad! ¡estupidez! ¡mu!

D. FEDERICO (*expansivo*). — Afortunadamente, no es el caso de usted, señor Asnabal. Cuando el apellido va junto con las buenas condiciones, el valor cotizabile es mayor, casi tanto como el de la parte pecuniaria. Yo le felicito á usted... ¡oh! realmente, verdaderamente, le felicito á usted de todo corazón.

D. GUSTAVO (*aparte*). — Lo creo.

D. NAVIGIO (*aparte*).—¡Te veo!

D. GABINO (*dando la mano á Schlingen*).—
Gracias, amigo mío.

D. FEDERICO (*conmovido*).—¡De todo corazón!

D. GUSTAVO y D. NAVIGIO.—Choque usted, amigo Asnabal, y que sea enhorabuena.

D. GABINO (*dándoles la mano*).—Gracias, gracias... Esto se me antoja un pésame ó despedida de duelo. Basta, señores... ¡Mu! ¿qué movimiento es ése?

D. NAVIGIO.—Parece que nuestras damas andan soliviantadas con la presencia de esa señora Wanda en el baile. Dicen que es un atrevimiento, una injuria...

D. GABINO.—¡Pues, me gusta! ¿es ésta una sala particular? y, sobre todo, ¿sabemos ó no sabemos quién es la señora Wanda?

D. GUSTAVO.—Como saberlo, no; se supone...

D. GABINO.—¿Y sobre cuatro suposiciones han dictado sentencia nuestras damas

meticulosas? Digo á ustedes que si fuéramos á examinar aquí patentes de sanidad...

D. NAVIGIO.—Amigo Asnabal, ¡que se escurra usted!

D. GABINO.—Déjeme usted que me escurra, ¡mu! ¿Soy ó no soy amigo de la justicia? Vamos allá á predicar la razón á las revolucionarias... Colectivamente, nos pasamos de pudibundos; particularmente, nos pasamos... á la otra alforja. ¡Hipocresía! ¡fari-seísmo! ¿vamos ó no vamos?

LOS TRES.—Vamos. (*Se alejan y confunden entre la muchedumbre.*)

ESCENA II

ERNESTINA.—RÓMULO

(Primer dúo con sordina.)

ERNESTINA.—Repito que no le creo que no haya usted tenido algo que ver con Florita. ¿Por qué lo niega usted? ¡buenas, rabietas me han hecho pasar ustedes! Y Edel-

mira, como es tan mala, me traía cada mañana y cada noche nueva prueba...

RÓMULO. — Bromas de Edelmira. ¡Cómo ha podido usted imaginarlo! Ni en sueños, ¡valga mi juramento!

ERNESTINA. — Sin embargo, mucho que se pasaban ustedes las horas charlando, y siempre juntos y siempre con secretitos...

RÓMULO. — Pero siempre con Gabino y siempre por Gabino.

ERNESTINA. — ¿De veras? Gabinito es un caprichoso, un antojadizo... ¡Tiene unas cosas! á quién se le ocurre...

RÓMULO. — Solamente á él... y á ella.

ERNESTINA. — De ella no lo extraño, la pobre está *in extremis*; pero mi hermano... ¡por Dios!... Felizmente, en él son viarazas sin consecuencias. En cuanto á usted... No extraño tampoco que ella le pretendiera, ¡pica muy alto la señorita!

RÓMULO (*más bajo*). — ¡Cómo ha podido usted imaginarlo! Siguiendo sus huellas he venido, y ningún otro pensamiento, más

que el de la crueldad de Ernestina, me ha ocupado en toda la temporada.

ERNESTINA (*mirando su abanico*). — ¡Mi crueldad! ¿qué sabía usted cómo era, si nunca me dijo nada? y para decirme algo... (*burlona*) necesitó de la ayuda de vecino.

RÓMULO. — También usted la pidió para dejárselo decir... Me lo ha contado el mismo vecino.

ERNESTINA (*riendo*). — La verdad es que hemos estado hechos un par de bobos. Nos buscábamos mutuamente, nos ponía la casualidad... ó la voluntad, frente á frente... y preguntábamos dónde estábamos al que pasaba. El juego de las esquinitas. Y todo por amor propio, ¡no lo niegue usted!

RÓMULO. — Ha dicho usted *mutuamente*, lo cual significa...

ERNESTINA (*con viveza*). — No significa nada; ¿quiere que le halague el oído? pues, no le daré ese gusto.

RÓMULO. — ¡Mala!

ERNESTINA. — ¡Pretencioso!

RÓMULO. — De todos modos el gusto me

lo da, y grandísimo, mostrándome esos ojos... ¡Hermosa, dulce, admirable Ernestina!

ERNESTINA.—¡Qué horror! eche usted adjetivos... y mentiras. ¡Vaya! y tan callado y serrote que parecía. Yo creía que no tenía usted voz más que para ensalzar la espiritualidad de Florita, y pensé muchas veces que su cortedad aparente conmigo era porque me juzgaba desabrida, una muñeca de lujo, y nada más.

RÓMULO.—¡Usted pensaba eso! y yo pensaba que usted me juzgaría un muñeco también, un qué se yo qué ó un sabe Dios cuántos...

ERNESTINA.—¡Eso no es verdad! usted pensaba que yo estaba muertecita por usted... ¡botarate!... ¡pues, no es cierto!

RÓMULO.—Ya sé que no es cierto. Ni entonces, ni ahora.

ERNESTINA.—Que me enojo, ¿eh? como sigamos removiendo el pasado, vamos á tener la primera peleíta, que acaso saldría á colación algo que, dándolo por muerto, he

dejado á usted que lo entierre sin responso, en la seguridad (*recalcando*) que no resucitará al tercer día.

RÓMULO (*confuso*).—Amén. Dejemos en paz al pasado.

ERNESTINA (*alegremente*).—Dejémoslo. Mejor será que hagamos proyectos para lo futuro, que soñemos... ¡Qué horror! ¡qué empujón! ¡no miran por dónde bailan!

RÓMULO.—Somos nosotros los que no sabemos por dónde caminamos. ¿Quiere usted que nos refugiemos en algún rinconcito?

ERNESTINA.—No, no... Bailemos también, y así pagaremos en la misma moneda á los impertinentes. Mire usted á Gabinito y la de Schlingen. ¿Nos acercamos?

RÓMULO.—No, vamos hacia otro lado. Bailemos. (*Se alejan bailando.*)

ESCENA III

GABINITO. — ADELAIDA

(Segundo dúo con sordina.)

GABINITO (*cesando de bailar, sofocado*).— Hace mucho calor para seguir saltando, ¿verdad, divina Adelaida? nos pasearemos, y así tendré yo el honor de lucir mi compañera... No se quejará usted de la discreción de Rómulo. ¿Le conserva usted rencor?

ADELAIDA (*con desprecio*).—Sería hacerle un favor que no merece. Habrá usted observado que ni le miro siquiera. El doctor Pares ha pasado á las profundidades de mi archivo, y allí se lo comerá la polilla del olvido. Requiescat... y que mi desdén le sea leve. La que me inspira verdadera compasión es su hermanita de usted, ¡ah! será desgraciadísima; ¿cómo le ha hecho caso á ese...? no quiero calificarle por respeto á ella; pero usted, que le conoce tanto como yo, no sé cómo lleva su amistad al extremo

de consentir... ¡Y tan mona! ¡ay, qué lástima!

GABINITO.—No exagere usted, Adelaida, porque creeré que mi pobre amigo no está tan archivado y olvidado como parece. Sea usted benévola, generosa... Las almas nobles no se vengan, perdonan.

ADELAIDA.—Y presentan la mejilla para una segunda bofetada. Soy demasiado humana, amigo mío, para tanta sublimidad. Pero, no tema usted, que si yo no perdono, en este caso mi venganza consiste en no vengarme, por ahora, de manera alguna, es decir, que dejo á los hechos mismos el cuidado de vengarme. La vanidad se castiga con la indiferencia y el menosprecio: figúrese, el que pretendía funerales majestáticos, con lágrimas, duelos, lamentos y desmayos, ¡qué cara pondrá al verme reir!

GABINITO.—Eso, mucha risa, y el mundo á la espalda. ¡El rey ha muerto! ¡Viva el rey!

ADELAIDA.—Yo soy republicana.

GABINITO (*con resolución y más bajo*).—

Diga usted entonces: ¡Pares ha muerto! ¡viva Asnaball!

ADELAIDA (*riendo*).—¡Picarón! ¡y qué franco es el niño! sabía que tenía usted las manos muy largas; pero, generalmente, los que dan muestras *palpables* de este defecto no se expresan con tanta frescura... París es realmente una Universidad, donde el que no se gradúa de listo en este ramo es porque no quiere... Pues, á mí me han referido no sé qué de intenciones matrimoniales suyas...

GABINITO.—¡Disparates! viarazas, como dice Ernestina. ¿En qué ha de entretenerse uno en estos balnearios, para pasar el rato? yo, por mi parte, en *hacer ojitos* á las muchachas, y me divierto que es una barbaridad, porque escojo siempre la más fea, ó la más vieja, ó la más pobre; mientras, se traga el anzuelo, y después de tragarlo ocurren lances tan graciosos con la que bien puedo llamar mi víctima, y su mamá (generalmente tiene mamá), ó una tía, que la sirve de compañía, postiza ó de veras, que es de morir-

se... Experimentos psicológicos muy interesantes.

ADELAIDA.—¡Qué manera de abusar de su superioridad... pecuniaria!

GABINITO.—Por pasar el rato, nada más.

ADELAIDA (*volviéndose hacia la derecha*).—De aquel lado llegan hasta aquí disparos de miradas amorosas... Es un corazón incendiado que echa chispas. ¡Hombre terrible! ¿y no le remuerde á usted la conciencia?

GABINITO (*mirando con disimulo hacia el mismo lado*).—Confieso que á veces... siento lástima... pero, ¿dónde está el daño? vaya por las calabazas con que ustedes nos obsequian.

ADELAIDA.—Me habían asegurado que en esta ocasión le llevaban á usted ambiciones políticas, y por lo tanto, la cosa no era broma...

GABINITO (*con desdén*).—¡La política! ¿qué entiendo yo de eso? por pasar el rato también, quizá me ocupara en ella... Yo me aburro, y lo que busco es distraerme de

cualquier modo, aunque no á precio tan elevado como el matrimonio. ¡Yo no me caso, ni por pienso!

ADELAIDA.—Hace usted bien; sólo se casan los tontos.

GABINITO.—Y los que se aburren... cuando no encuentran mujeres como usted.

ADELAIDA (*con intención*).—¿También por pasar el rato? ¿me clasifica usted entre las desgraciadas á quienes de burla *hace ojitos?* hombre, ¡muchas gracias!

GABINITO (*galante*).—Bien lo sabe que no... Es usted la mujer más soberbiamente hermosa y apetecible que yo he visto. ¡Ni en París!

ADELAIDA (*burlona*).—Realmente, después de tal elogio, debo estar satisfecha. Se le llena á usted la boca con las cinco letras de ese nombre sugestivo.

GABINITO (*más bajo*).—De agua se me llena viéndola á usted... Divina Adelaida, ¿á qué hora está más ocupado D. Federico en el precioso trabajo de sus tallas?

ADELAIDA (*con malicia*).—Ya he dicho á

usted que soy republicana... é independiente.

GABINITO.—Mejor. Escogeré yo la hora entonces.

ADELAIDA.—Cuidado que no le atrase el reloj. ¡Já! ¡já!

GABINITO.—Y nos vengaremos de Rómulo, ¿verdad? (*Adelaida sonríe; siguen hablando en voz baja, y lentamente caminan hacia la izquierda.*)

ESCENA IV

MISIA LORETO.—FLORA

MISIA LORETO (*contrariada*).—Se van de aquel lado. ¡Y siempre con esa mujer! Es que tú no le miras.

FLORA (*indiferente*).—Sí le miro, mamá.

MISIA LORETO.—Ó no le miras sonriendo.

FLORA.—También le sonrío, mamá.

MISIA LORETO (*impaciente*).—¿Qué es entonces? no lo comprendo. Allí viene Eliseíto... Hazte la tonta, como si no le conocieras. Quizá tiene celos de Eliseíto... Demué-